

Simbología de la luz en el parto



El parto es una experiencia única, nos transforma como personas y nos dona la excelencia de un ser nuevo. Es curioso de observar cómo el embarazo coloca a la mujer en una situación de ser Otra, y al hombre en un estado de extrañeza y ambivalencia que a su vez le obliga a revisar los fundamentos de su práctica vital. La gestación del bebé penetra o envuelve de una manera sutil a los padres, algo sucede en la interioridad del útero que irradia su influencia al exterior. En esta cámara oscura y hasta la irrupción del scanner, velada y secreta se opera la corporización del espíritu mediante un proceso lento de fijación o saturación de electos primordiales. Por ello el útero de la mujer embarazada se ha asociado al athanor de la alquimia, el lugar hermético donde se vivifica el universo, donde el Lapis o Sophia se incuba para un nacimiento transformativo.

Como es habitual en esta sección, intentaremos sobrevolar los horizontes mentales de nuestra angostada cultura y veremos en el parto otros sentidos y otras posibilidades. Nos sorprende que este acontecimiento tan esencial como es nuestra irrupción en el mundo, lo hallamos relegado a ese espacio tan anodino y perturbador como son los hospitales, rodeados por la proximidad de todo tipo de artefactos y por la lejanía de los profesionales. Por supuesto, no pretendemos ofender el buen oficio de los médicos y ayudantes, pero sí señalar que con un ejercicio de conciencia creativa se podría vivir y escenificar el parto de una manera más profunda, sin prescindir de todo lo bueno que tenga nuestra ciencia médica.

Tenemos pues el parto reducido a una cuestión clínica o bien a un suceso de carácter familiar y sentimental. Para una inteligencia “natural” hay sin embargo otros sentidos y, por ello, todo este proceso que va desde la concepción, el embarazo o gestación y concluye en ese otro inicio que es el parto ha sido motivo universal de todo tipo de meditaciones y analogías. Tenemos los cultos primordiales a la mujer embarazada, el amamantamiento mítico de Rómulo y Remo que fundaron Roma, la iconografía religiosa de la lactancia divina, la Virgo Lactans de nuestra tradición cristiana, donde la “leche divina” simboliza las gracias de la inspiración. Recordemos que a las musas se

las ha descrito como “nodrizas del alma”, que se ha dado nombre de Vía Láctea a una galaxia, estancia que según Pitágoras habitan las almas antes de corporizarse, y en las tradiciones abrahámicas las fuentes del Paraíso manaban leche; o por irnos a otro territorio, en los ritos funerarios del faraón, en Egipto, se decía que “Isis acuna y Neftis amamanta”.

En la alquimia, decíamos antes que el athanor cumple la función uterina de gestación de la “piedra filosofal”, y ese lugar donde se incuba lo que será manifestado está en la génesis del símbolo universal del “huevo del mundo”, imagen que representa las posibilidades de toda la creación; de ahí que en el hinduismo se asocie al Avatara Primordial, al Hiramya garbha, y por remitirnos a nuestra tradición, de ahí que en Jesucristo su resurrección “obre” en el interior del sepulcro o cueva, imágenes estas equiparables: huevo, útero, cueva, athanor. Con esta breve lista queremos señalar la analogía que hacen las tradiciones entre el parto biológico con ese otro “nacimiento” a las verdades supraindividuales, y cómo estas influencias penetran todo acontecimiento existencial.

El bebé, como la Gnosis, exige una decantación, un proceso de gestación lento, oculto y discreto. Es por tanto el embarazo equiparable al proceso de purificación del alma, donde ésta ha de regresar a su naturaleza original, virginal o inocente. A su vez este proceso necesita dar forma y fijar, que en biología sería la generación del feto de acuerdo a un patrón existencial y en metafísica la identificación e integración con el arquetipo. Esta es, grosso modo, la analogía que sirve de inspiración a las distintas prácticas espirituales, por medio de la cual el hombre adulto regresa a su condición celestial o prenatal. El parto es en esta secuencia una ruptura, una “sobresaturación” - como dirían los alquimistas-, un cambio radical y axial de situación.

Este fenómeno es físico y metafísico. En la naturaleza lo vemos en el agua, que a partir de un grado rompe a hervir o se congela cambiando su comportamiento molecular; lo vemos también en los rayos o en la generación de un tifón, en que a partir de un punto de saturación se hace visible “algo” que no estaba allí. Entre lo físico y lo sobrenatural se mueve el psiquismo humano, y aquí nuevamente nos apoyamos en la observación natural. Todos hemos podido comprobar cómo suceden los logros, las pequeñas conquistas, las intuiciones renovadoras; después de un recorrido más o menos lento y acumulativo, surge la novedad, la revelación, y ésta es, por naturaleza, urgente y “desacumulativa”. No en vano se dice que hemos “parido” una idea, y en sus antípodas que hemos “abortado” un proceso. Todos estos “alumbramientos” son en definitiva grados de una misma operación. Esta conciencia vertical la trasladamos al parto y tenemos una imagen elocuente que nos permite mostrar las potencias físicas, psíquicas y espirituales que en todo momento operan en la naturaleza. Esta es la base de todas las tradiciones sapienciales, y este es el recuerdo casi arqueológico que esta sección pretende mostrar.

Para concluir, volvamos a la vivencia “normal” del parto en nuestra sociedad. En ella se ha olvidado casi por completo esta visión integradora, y este abandono no es casual e intrascendente. Tiene como consecuencia un olvido central y una acción sobre el bebé y la madre reduccionista y penosa, donde el médico es el centro de toda la operación, donde el hospital es el teatro de una llamada “intervención”, donde las farmacéuticas hacen un buen negocio, y donde una cultura anestesiada y hedonista no toma conciencia de las potencias que actúan en el parto y sobre las cualificaciones que por lo tanto tendrá

el nuevo ser humano que alumbra. Para una sociedad donde lo espiritual o no existe o es una cuestión sentimental y privada, donde el dolor no contiene ninguna cualidad (se sabe y se oculta que el dolor de la madre prepara al bebé para el esfuerzo de la dilatación), el doctor es el que debe estar cómodo para “intervenir” aunque sea a costa de una postura tan antinatural para el parto como estar tumbado, y los nacimientos se resuelven con agendas por medio, donde se extenderá con el tiempo bebés a la carta. En definitiva, un mundo que ha decidido olvidarse de su condición natural y que ha abandonado todo esfuerzo de discernimiento, es normal que se prepare para su nuevo desafío evolutivo: la fabricación de hijos. No es descabellado, se ve venir. Estemos todos advertidos que la manera que tenemos de nacer es la manera que tenemos de vivir, y según vivamos así morimos.